

sua poder ver mis días, y, en efecto, los vió y por ello se llenó de alegría.» Los judíos dijeron gritando: «*No tienes aún cincuenta años, y dices que has visto á Abraham.»* Jesús contestó: «*En verdad, en verdad os digo que yo existo desde antes que fuese concebido Abraham.»*

Para explicarse y definirse Jesús, le fué preciso emplear un estilo que no es como el de los hombres, pero lleno de sabiduría y de más ciencia que la que poseen todos los sabios. La palabra *antes* dice referencia á tiempo pasado, y la palabra *existo* se refiere al tiempo presente; y mientras la falsa filosofía y la incredulidad no verían ahí más que una evidente contradicción, la sublime ciencia de la revelación, que es la ciencia de la verdad, descubre en el lenguaje de Jesús los pensamientos más profundos y las razones más incontrastables; porque al asegurar Jesús que existió en lo pasado y que existe en lo presente, enseña evidentemente que es Dios, para el cual, como esencialmente eterno é infinito, no hay pasado, presente ni futuro, sino que es una grandiosa é inalterable realidad, siempre en acto y jamás en mera posibilidad ó potencia, siendo, por lo tanto, las palabras pasado, presente y futuro voces accidentales, excogitadas por la limitación y pobreza de la inteligencia humana para explicarse de alguna manera, aunque imperfecta, el Sér inmenso é infinito que no puede contemplar ni abrazar de una sola mirada.

Las expresiones tan sublimes y científicas de Jesús son un argumento irresistible de su divinidad y de su igualdad con su

Padre; y por más que los fariseos comprendían algo de lo que significaban, se resistieron obstinados á la verdad, é intentaron apedrear á Jesucristo, causa por la cual se vió obligado á retirarse, de una manera invisible, del Templo, en donde estaba enseñando; pero, aunque por ese medio se libraba de las iras y odios de sus enemigos, no por eso les aborrecía ni les abandonaba; y en prueba de ello, el mismo día en que así le maltrataban hizo un estupendo é inaudito milagro, en que brillan simultáneamente su infinito poder y su infinita misericordia, confirmando así también la doctrina que, tocante al Sábado, le rechazaban los fariseos, como si fuera contraria á la Ley.

EL CIEGO DE NACIMIENTO

Vió Jesús á un hombre que estaba ciego desde su nacimiento, y con ese motivo los discípulos le preguntaron: «*Maestro, la causa de que este hombre haya nacido ciego ¿son sus pecados, ó los de sus padres?*» Jesús respondió: «*Ni él, ni sus mayores, ni su padre, ni su madre han pecado, sino que esto ha sucedido para que las obras de Dios se manifiesten en este ciego. Es preciso que mientras es de día yo ejecute las obras de Aquel que me ha enviado, porque vendrá la noche, en que nadie puede trabajar, y mientras que yo esté en el mundo soy la luz del mundo.»*

Después de pronunciadas esas palabras, mojó Jesús con sa-

liva un poco de tierra, y con ese lodo untó los ojos del ciego y le dijo : «*Anda, lávate en la fuente de Siloé*» (que significa *enviado*). El ciego obedeció, y volvió viendo con perfecta claridad. Después de suceso tan extraordinario, los vecinos y todos los que habían visto y conocido antes al ciego pidiendo limosna decían : «*¿No es este el que sentado pedía limosna?*» Unos



Lámina 65.—Jesús cura un ciego.—Sarcófago de las Catacumbas, que se conserva en el Museo del Vaticano.

contestaban : «*Es el mismo.*» Otros decían : «*No es él, sino otro muy parecido.*» Y el ciego curado decía : «*Yo soy.*» Ellos le preguntaban cómo se le habían abierto los ojos, y él respondía que aquel hombre que se llamaba Jesús había formado barro y untado con ello los ojos, y le había dicho que fuera á lavarse á la fuente de Siloé; él lo había hecho así, y al momento había visto. Volvieron á preguntarle que dónde estaba aquel

hombre, y el ciego respondió que no lo sabía, y fué en seguida conducido ante los fariseos.

Cuando eso sucedió era Sábado, y los fariseos, teniendo en cuenta esa circunstancia, para informarse mejor, preguntaron también al ciego cómo había recobrado la vista, y él les dió la misma contestación. Entonces algunos, con referencia á Jesús, dijeron que ese hombre no guardaba la fiesta del Sábado, y que, por lo tanto, no era Dios; otros preguntaban cómo era posible que hiciera milagros un hombre pecador y transgresor de la Ley, y así ellos estaban discordantes y divididos entre sí mismos; y en esta situación preguntaron de nuevo al ciego qué decía él de aquel que le había abierto los ojos, y el ciego dijo que era un profeta.

Empero estos judíos no querían creer que el así curado hubiese antes estado ciego, ni que hubiese recobrado la vista, y para averiguarlo hicieron llamar á su padre y á su madre, á los cuales preguntaron si era aquel su hijo, el que decían los mismos padres que había nacido ciego, y en ese caso, cómo era que al presente ya veía. Los padres contestaron que sabían que aquel era su hijo y que había nacido ciego, pero que no sabían cómo veía al presente, ni tampoco quién le había abierto los ojos; mas que sobre eso preguntasen al mismo curado, porque ya tenía edad para poder hablar de todo lo que le concernía.

Estas gentes sencillas tenían miedo á los judíos, porque ya era notorio que éstos tenían acordado expulsar de la Sinagoga

á todo aquel que reconociese á Jesús por el Mesías, y por esa causa dijeron los padres del ciego que preguntasen á éste, porque ya tenía edad para responder. Llamáronle, en efecto, y le dijeron nuevamente, con referencia á Jesús: *«Este hombre es un pecador, y, no obstante, dice que da gloria á Dios.»* El ciego contestó que si era ó no pecador, él lo ignoraba, y que lo que podía solamente asegurar con toda certeza era que él estaba antes ciego y que en la actualidad veía. Ellos replicaron que era lo que le había hecho y cómo le habían sido abiertos los ojos, y el ciego les repitió que ya se lo había dicho y ellos se lo habían también oído, y que á qué venía el que quisieran todavía oírlo, y si por ventura pensaban hacerse discípulos del que le había curado. Al oír esto, los judíos maldijeron al ciego y le dijeron que fuera él su discípulo, si quería, que, por lo que á ellos tocaba, eran discípulos de Moisés, á quien sabían que Dios había hablado, mientras que acerca del hombre que le había abierto los ojos no sabían quién era ni de dónde era. *«Ved ahí una cosa bien extraña, replicó el ciego, que vosotros no sepáis de dónde es, y, sin embargo, él me ha dado la vista, que antes no tenía. Yo sé que Dios no oye á los pecadores; pero que si alguno de ellos hace su voluntad y le da honor, entonces le oye; que desde que existía el mundo jamás se había oído que se hubiesen abierto los ojos de un ciego de nacimiento; y á menos que ese milagro viniera de Dios, nadie le podía hacer.»*

Los judíos respondieron al ciego que él había enteramente

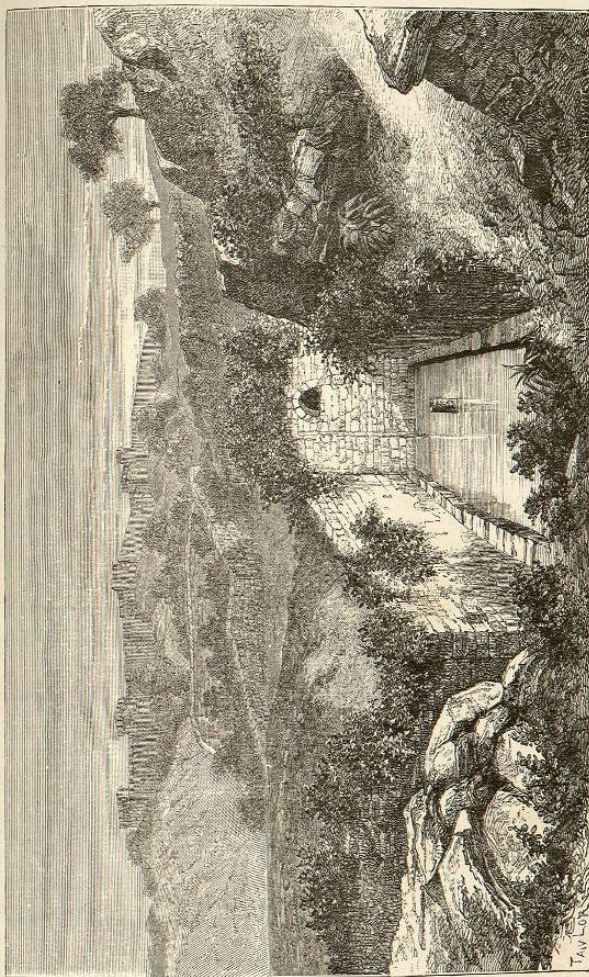


Lámina 66. — Piscina de Siloé, célebre por el milagro de la curación del ciego de nacimiento. El profeta Isaias fué enterrado en sus inmediaciones.

nacido en pecado y no se propasara á darles lecciones, y, muy enojados, le arrojaron fuera de su presencia. Cuando él se alejaba de aquel sitio le encontró Jesús y le dijo : «¿Crees tú en el Hijo de Dios?» Y contestó : «Señor, ¿quién es, para creer yo en Él?» Jesús le respondió : «Tú le has visto, y el que ahora habla contigo, Él es.» El ciego, ya sano, contestó : «Creo, Señor.» Y al momento, poniéndose de rodillas, le adoró.

Al leer este sencillo á la vez que encantador relato, se ve que el Espíritu Santo ha respondido y satisfecho anticipadamente á todos aquellos que quisieran que los milagros de Nuestro Señor Jesucristo fuesen probados y atestiguados en juicio contradictorio, pues aquí se nos presenta una información judicial que reviste todas las formas y solemnidad legales. Hay denuncia de un hecho, citación de testigos, información y declaraciones, hay, en fin, juicio y tribunal; nada falta, y todo lleva el carácter y sello de la verdad. El mismo Salvador ha querido formular por sí mismo las últimas consecuencias de este proceso, pues Él dijo al ciego : «Yo he venido á este mundo para un juicio, á fin de que aquellos que no ven puedan ver, y para que aquellos que ven (y que se hacen indignos de la luz) no vean y se queden ciegos.»

Esas palabras del Salvador se aplican al milagro que hizo con el ciego de nacimiento, á la fe del mismo, y también, en sentido espiritual, á la ceguera voluntaria de los fariseos; y algunos de éstos parece que lo comprendieron también así, por-

que ellos le preguntaron : «¿Acaso somos nosotros también ciegos?» Y Jesús les contestó : «Si vosotros fueseis ciegos, estaríais sin pecado; pero ahora mismo que vosotros decís que veís con claridad, permanece el pecado en vosotros.» Esto les decía



Lámina 67.—El buen Pastor.—Escultura de los primeros siglos de la Iglesia, conservada en el Museo de Santa Irene, en Constantinopla.

porque, sabiendo por las Escrituras todo lo necesario para llegar al conocimiento del Mesías, no le veían, porque voluntariamente no querían verle.

En medio de la severidad de esas palabras de Jesús se nota

la compasión de su alma; y para expresar los mismos sentimientos de su misericordia, les presentó la tierna parábola del rebaño y del buen pastor, y en ella condensó y recopiló todas las enseñanzas y doctrina que había explicado y anunciado durante esta penosa misión contra los fariseos, y en provecho de los mismos, si le hubieran querido sacar, y de todas las ovejas extraviadas de la casa de Israel.

«Yo soy la puerta del aprisco, dice Jesucristo; si alguno entra por mí, se salvará. Él entrará, saldrá y encontrará pastos abundantes por doquiera. El ladrón no viene más que para robar, para matar y para destruir, mientras que yo he venido á fin de que las ovejas tengan vida, y la tengan en abundancia. Yo soy el buen pastor, y es propio del buen pastor dar la vida por sus ovejas, mientras que el mercenario, que ni es pastor, ni las ovejas le pertenecen, en viendo venir al lobo, las abandona y huye, y entonces el lobo quita las ovejas ó las dispersa. El pastor mercenario huye, precisamente porque es mercenario y porque no se toma cuidado alguno por las ovejas. Yo soy el buen pastor, y conozco mis ovejas, y ellas me conocen á mí; y de la misma manera que mi Padre me conoce á mí, yo conozco á mi Padre, y yo doy mi vida por mis ovejas; y tengo además otras ovejas que no son de este rebaño, y es menester que yo las traiga y conduzca, y ellas oirán mi voz, y entonces resultará que no habrá más que un rebaño y un solo pastor.»

No faltaba ya más que este sacrificio, que Jesús había ya

anunciado con frecuencia y le seguía anunciando, para que pudiese fijarse un día memorable que pudiera calificarse, según el criterio de la carne, ó de heroica locura, ó de consumación obligada, y acaso involuntaria, como si al fin le hubiera sido arrancada la vida en vez de darla Él mismo. Jesús declaró dos cosas: una que moriría por cumplir la voluntad de su Padre, y otra que era muy dueño de dejar ó no la vida, y de tomarla después de haberla dejado. *«Precisamente el amarme mi Padre es porque yo doy mi vida para volverla á tomar. Nadie me la quita, sino que yo la doy por mí mismo, y en mi poder está el darla, y lo mismo está el volverla á tomar, pues tal es el mandato que yo he recibido de mi Padre.»* Todas estas frases son otros tantos rasgos de luz divina sobre el misterio de la Redención; ¡y nosotros las entenderíamos, si el corazón tan pequeño y estrecho del hombre fuera capaz de comprender todo el amor de Dios!